

# SEMBLANZAS

EMILIO HERRERA ALONSO, Coronel del Arma de Aviación

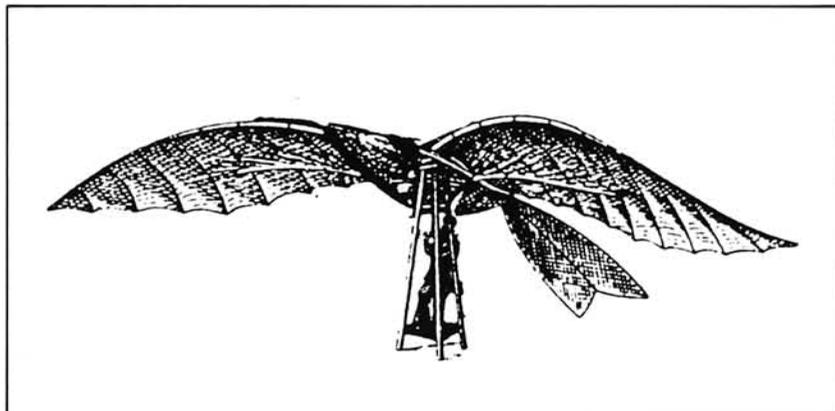
## DIEGO MARIN AGUILERA

(1758-1804)

Fue 1793 un año de gran importancia para el Mundo; la Revolución estaba en Francia en su momento más activo y forzaba a la Historia a dar un viraje a la vertical; con él la Humanidad abandonaba la Edad Moderna y entraba en la Contemporánea, aunque no se enteraría de ello hasta que bastantes años más tarde se lo dijeran los historiadores. En enero había sido decapitado en París Luis XVI, y la Corona de España —al igual que otras potencias europeas— había declarado la guerra a la Convención, guerra que en nuestra historia se conoce como "del Rosellón", tal vez por que en aquella región francesa no fue más favorable la suerte de las armas que en el extremo occidental de los Pirineos. Precisamente en mayo, mes del primer vuelo documentado que se conoce, tuvo lugar la batalla de Masdeu en la que 12.000 españoles al mando del general don Antonio Ricardos y Carrillo de Albornoz, derrotaron a 16.000 franceses que perdieron toda su artillería, coadyuvando al brillante triunfo español la guarnición gala de Perpignan que, creyendo eran las tropas españolas que caían sobre ella, cañoneó enérgica y eficazmente a los que, derrotados, corrían a ampararse en los muros de la plaza.

Aquel año un español, Diego Marin Aguilera, marcaría un importante hito en la historia de la Aviación, realizando el primer vuelo humano del que se tienen noticias documentadas que abonan su veracidad.

Había nacido este precursor en 1758 en el burgalés lugar de Coruña del conde, lugar situado entre Aranda de Duero y Clunia. Hombre de imaginación creadora y gran afición a los ingenios mecánicos, aptitud desarrollada en el norte de España en unos meses en que permaneció en contacto directo con las famosas ferrerías cántabras, había llevado a cabo varios inventos entre los que destacaban, un artefacto para machacar cáñamo y lino, impor-



tantes mejoras en la maquinaria del molino harinero que sobre el río Aradilla funcionaba en su pueblo, y lo más destacado, una sierra mecánica para cortar mármol, refrigerada por agua, que se empleó con éxito en las segovianas canteras de Espejón. Todo ello le había proporcionado una justa fama en la comarca.

Marin Aguilera tenía la obsesión de volar, y como antes y después de él hicieran, Leonardo da Vinci, George Caley, Jakob Degen, Otto Lilienthal y Reginald Mitchell, observaría el vuelo de las aves mientras su mente ideaba los fundamentos de una máquina que permitiera al hombre volar. Su estudio se centró en la comparación del peso de las águilas y la superficie de sus alas, y ayudado por su vecino y amigo Juan Barbero, herrero del pueblo que tenía gran fe en su proyecto, construyó un ingenio volador que Juan de Albarelos en sus "Efemérides burgalesas" describe así:

**"La base de la máquina voladora era un cuerpo de madera al que quedaban unidas las alas, de dos varas y media de largo, formadas por varillas de hierro unidas por medio de alambres. Las alas estaban enteramente cubiertas por las plumas guardadas durante varios años. La cola del aparato estaba igualmente cubierta de plumas, y en el cuerpo se alojaban dos estribos para los pies."**

El histórico vuelo tuvo lugar el 11 de mayo de 1793, al amparo de

las sombras de la noche; ayudado por Barbero y una hermana de éste, subió Diego Marin su artificio al cerro que, coronado por las ruinas de un antiguo castillo domina el pueblo, y desde aquella altura se lanzó con ánimo de alcanzar Burgo de Osma, a 6 leguas de distancia, y si las cosas iban bien, llegar a Soria. La aventura comenzó felizmente: pasando a unas 6 varas por encima de los tejados del pueblo, sobrevoló éste, pero cuando llevaba cubiertas 450 varas (unos 375 metros), la rotura de un perno de fijación de una de las alas, le hizo caer a tierra en las proximidades del arroyo de Fuente Gadea. Una vez más había fallado Rocinante.

Marin Aguilera, que había salido ileso del percance, decidió reconstruir el artefacto, corrigiendo los defectos que en aquel "vuelo de prueba" había observado, pero ya un siglo antes de nuestra Era, el poeta latino Tito Lucrecio Caro había dicho que **"la envidia, como el rayo sobre las cimas y lo que destaca del nivel común"**, y los paisanos de Diego, incapaces de aceptar que convivían con un hombre superior, llegaron a destruir aquel protoavión, sumiendo al inventor en un estado de abatimiento y tristeza que no le abandonó hasta la muerte, en su pueblo natal, en 1804.

El Ejército del Aire, para conmemorar la efemérides, inauguró en Coruña de Conde, en 1973, un monumento erigido a la memoria de aquel español, pionero del Aire.